

Año I. Montevideo, Agosto 1.º de 1909. N.º 3.

# ARTE

REVISTA LITERARIA Y SOCIAL

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

DIRECTOR:

DANIEL HERRERA Y THODE

Administrador:

Rogelio Cossio.

Redactor:

José B. Iglesias Castellanos.

## SUMARIO:

De la Dirección, *José E. Rodó*. — Raúl Montero Bustamante, *Heraclio Fajardo*. — Juan Zorrilla de San Martín, *La Soledad*. — Joaquín de Salterain, *Invernal*. — Daniel Castellanos, *Florescencia la única*. — Francisco A. Schinca, *De «La aldea soñada»*. — Washington Beltrán, *El Cristo de los Andes*. — Alberto Lasplacas, *Tempranera*. — *Bellezas uruguayas*. — Ilsa Moreno, *Un ala de cupido*. — Dardo Estrada, *En el mirar*. — Enrique L. Nebel, *Voz íntima*. — Fernando Silva y Valdez, *Visión fantástica*. — Gil Blas, *Don Quijote*. — *Entre Nous*. — Daniel Blanco Acevedo, *El hijo del caudillo*. — Rafael Quarlino Herrera, *Luis Derville*. — Jorge de Lahor, *Partido*. — Daniel Herrera y Thode, *Orígenes*. — *De Antaño*. — *Notas de Redacción*. — *Del Buzón*.

Redacción y Administración: CALLE COLÓN, Núm. 144



Año I.

Montevideo, Julio 31 de 1909

N.º 3.

❖ ❖ **ARTE** ❖ ❖

REVISTA LITERARIA Y SOCIAL

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

Administrador:

Rogelio Gossio

DIRECTOR:

DANIEL HERRERA y THODE

Redactor:

José B. Iglesias Castellanos

**JOSÉ E. RODÓ**



Consagrado como el primer literato americano. Estilista sin igual. Profundo pensador.

## Heraclio C. Fajardo

Se prepara en Buenos Aires actualmente, la edición de sus poesías « Arenas del Uruguay » y en Montevideo, en breve, se formará un comité que lleve á cabo la repatriación de sus restos, y erigirle un monumento que perpetue su memoria.

Será hermosa la apoteosis popular que acompañe los despojos de Fajardo, devuelto á su madre pasados cuarenta años de su muerte.

*« Es justo abrigar con un poco de tierra de la patria, ha dicho Montero Bustamante, estos pobres despojos que en su tiempo fueron hogar de aquel luminoso espíritu ».*

Entrando en el pequeño y modesto cementerio de Chivilcoy, á la izquierda, la sombra de un ciprés acaricia la lápida de una tumba de pobre aspecto, casi oculta entre los monumentos funerarios que la rodean. Fué la misma mañana de nuestra llegada que nos detuvimos ante aquel sepulcro sin flores ni coronas, sin jarrones ni verjas, sin estatuas ni cirios.

Una cruz tan solo negra y pequeña que nos hizo recordar las palabras de Lambertí « y hasta las cruces que levanta el pobre son las primeras que derriba el viento »...

Y al pie de aquella cruz inclinada y desteñida, casi borrado por las lluvias se ve un nombre, que ningún oriental puede leer sin recordar en el acto á sus abuelos, sin que á su memoria vuelva toda su infancia; las veladas invernales junto al hogar, en las faldas de la abuela, que cuenta á sus nietos atentos las dulzuras de su época, el delicado romanticismo de entonces.

¿Quién no ha ojeado el viejo álbum familiar, especie de blasón, e álbum de páginas amarillentas con tapas de marfil, iniciales de plata y gruesos broches dorados?

¿Ese álbum toda la historia de nuestras abuelas, que le guardan religiosamente, con sus estrofas galantes, los madrigales, cantos á la beldad y salmos á la virtud?

¿No habeis notado cuando la anciana con mano temblorosa pasa las hojas de ese álbum, detenerse con los ojos anegados por las lágrimas ante un poema escrito con letra menuda y casi incomprensible?

Si tratáis de leerlo os será difícil, pero pedidle á la abuela que lo recite, y de memoria, llena de emoción, con la misma vida y calor de los veinte años, recitara fielmente aquel poema, sin alterar un solo consonante, sin detenerse ante una sola estrofa...

Es, que si el álbum le guarda escrito en sus hojas, la anciana le lleva impreso en el corazón.

Al oír la poesía, se adivina en su autor un espíritu exquisito que ha depositado toda la grandeza de su alma en aquellos versos, su alma sutil, delicada y triste como Musset, almas que son mustias cual las violetas y que como las violetas esparcen suaves perfumes.

Y ese poema que tiene la propiedad de transmitirnos toda su melancolía, de enternecer los corazones más rudos haciendo nacer en ellos sentimientos de bondad, como el niño de «Proteo» fertilizó con sus lágrimas la pampa de granito, lleva al pie la firma de Heraclio Fajardo, esa firma que veneran los ancianos, y que las nuevas generaciones ¡oh ingratitud condenable! han permitido que el transcurso de cuarenta años, borre su recuerdo.

Por fin, hoy, se cumplirá la última voluntad del gran poeta que en su agonía pidió el regazo de la patria, como el niño los brazos de su madre,

A continuación publicamos la biografía del poeta.

#### LA DIRECCIÓN.

---

*Fajardo, Heraclio C.*, poeta, autor dramático y periodista. Nació en San Carlos (Maldonado) el 30 de Octubre de 1833. Apenas contaba catorce años, cuando sus padres le enviaron al Brasil para sustraerlo á los azares de la guerra que asolaba al país. Permaneció allí hasta que regresó á Montevideo en 1852, año de que datan sus primeros versos, publicados en los periódicos de la época. Se encontró en la revolución de Julio de 1853, y sofocada ésta fué nombrado oficial 1.º de la Biblioteca Pública, entregándose desde entonces al estudio y cultivo de las letras. En 1854, fundó en compañía de varios jóvenes escritores el «Eco de la Juventud Oriental», cuya dirección asumió, en la segunda época del periódico conjuntamente con su hermano Carlos. No pudo sustraerse á los sucesos políticos de la época y á fines de 1854, ingresó en la comisión del partido colorado y asumió la redacción de «El Pueblo», durante la campaña electoral de Noviembre. Los disturbios de 1855 lo llevaron á Buenos Aires, donde fundó «El Recuerdo» (Enero 1856) periódico literario en que vieron la luz muchas de sus producciones, entre ellas su novela «Camila O'Gorman», la que luego refundió en el notable drama que con ese nombre se estrenó en Montevideo en 1856 alcanzado uno de los más sonados éxitos. Este drama fué estrenado en 1862 en Buenos Aires. De regreso á la patria en 1857, redactó el semanario «El Eco Uruguayo» y dió á la prensa su primer libro titulado «Montevideo bajo el azote epidémico». Sucedió á Juan Carlos Gómez en la redacción del «El Nacio-

nal», cuando fué desterrado por el gobierno del señor Pereira (Noviembre de 1857) y un mes después, marchó también al destierro. En Buenos Aires ciudad que ya no abandonó redactó «El Estímulo», y dirigió durante algún tiempo «El Nacional», dió á luz una traducción de la Historia filosófica de la Fracmasonería de Kauffmann y Cherpín, fundó El Ateneo del Plata y el Liceo Literario, academias que agruparon á la juventud de la época y dió á la estampa su famoso poema La Cruz de Azabache, y editó por su cuenta las «Obras poéticas de Cuenca, en tanto dispersaba su inspiración y su talento en en los diarios de la época, escribiendo versos, correspondencias, artículos políticos y literarios, crónicas, etc. En 1858 en el certámen literario, celebrado con motivo de la instalación del Liceo Literario el 13 de Octubre de 1858, obtuvo el primer premio (medalla de oro) con su famoso canto «América y Colón». Actuó también en esa época en la política argentina y marchó el voluntario con el cargo de ayudante en el Batallón Alsina, á la campaña de Cepeda. De regreso de la guerra dió á la estampa una colección de poesía titulada Arenas del Uruguay (1862). En Diciembre de este mismo año, se estrenó en el teatro Victoria de Buenos Aires una opera en castellano titulada «El Indígena». El libreto fué tomado por Fajardo del Atala de Chateaubrian y la música la escribió el maestro Wenceslao Frimi. Aunque alejado de la patria, todos sus pensamientos fueron para ella. Tuvo participación activa en los sucesos que prepararon la revolución que en 1863 encabezó el general Flores y en la reunión celebrada en Buenos Aires el 14 de Mayo de 1863, por los emigrados orientales, fué nombrado vocal del Comité Revolucionario presidido por el doctor Mezquita. Siguió actuando en la prensa argentina y publicando poesías y artículos literarios. Ha dejado inédito el poema «Lágrimas y Siemprevivas», seis tomos de poesías tituladas Suspiros de la lira, Preludios del arpa, Recuerdos íntimos, Cánticos patrios, Prismas del alma, Luciérnagas, y además un volumen de Poesías festivas. En su época llegó a adquirir verdadero renombre y criticos americanos y europeos rindieron tributo á su talento; entre ellos Torres Caicedo que en 1863 publicó en el «Correo de Ultramar», un largo estudio crítico del poeta. Falleció en Chivilcoy el 31 de Diciembre de 1867. — *Raúl Montero Bustamante* — Diccionario Biográfico del Uruguay.

---

## La Soledad

---

La Soledad se siente al lado mío  
De noche, á mediodía, en la alborada,  
Yo la miro y me mira y le pregunto  
¿De donde vienes? Habla.

De un desierto me dice, de un desierto  
Tendido en sus arenas abrasadas  
De un bosque cuyos pájaros murieron  
En una noche demasiado larga ;

De las ruinas de un templo abandonado  
Entre los cuales los recuerdos andan  
Como alondras heridas y sin nidos  
Que buscan sitio en que morir calladas.

De una llanura que crucé de prisa  
En la noche después de la batalla  
Vengo desde muy lejos, vengo  
Del fondo de tu alma.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

---

## Invernal

---

(Para ARTE).

¡ Yo fui joven también !... El alma mía  
Cantó la serenata de los sueños ;  
¡ Visiones del pasado ! todavía,  
Con tonos halagüeños,  
Hablan en el rincón de mi memoria  
Como en los labios mustios del soldado  
Los besos de la gloria.

Yo fui joven también, enamorado  
Nunca del esplendor y la riqueza,  
Que brindan, envidiado  
Alcázar de oro y lecho regalado  
Llevaba, trovador, en mi cabeza,  
Mundos de luz y de color de rosa.

¿Y ante esos arreboles de la vida  
Y ante esa primavera rumorosa,  
Quién del humano desencanto cuida?

¿Y acaso en la escondida  
Esfera donde brotan mis canciones,  
A los arrullos dulces del cariño,  
Acaso las perdidas ilusiones,  
De mis sueños de niño,  
Con apocado espíritu deploro?

Jamás, y pues adoro,  
Siquiera los recuerdos del pasado,  
Hallo, la luz bendita,  
El cielo, siempre azul y despejado,  
Serenos el horizonte, dilatado,  
Y mientras sano el corazón palpita,  
Amo la vida porque yo he soñado.

JOAQUÍN DE SALTERAIN.

---

## Florencia la única

---

Para ARTE.

### I

Cuando queráis revelar á vuestro espíritu la grandeza de la antigüedad clásica, id á Pompeya ó á la Ciudad Eterna.

Recorred en la primera la «Vía Marina» y el «Foro Triangular», visitad luego las «Termas de Stabies ó la casa del Fauno» donde vuestra imaginación ha de poner junto al «impluvium» el marmol que le ha dado nombre.

En Roma, dirigíos al Coliseo ó al Panteón de Agripa, visitad en el Palatino la «Domus Liviae» y en las pinturas murales que narran el mito de Yo custodiada por Argos, considerad las aventuras de amor del poderoso Zeus!

Cuando queráis evocar en vuestro espíritu la España arábica, id á la Alhambra de Granada. Subid al Peinador de la Reina y perdiendo la vista en el Albaicín — blanco de casas que reverberan bajo un cielo de cobalto — pensad en Lindaraxa y en las sultanas moras...

Pero si quereis iluminar vuestro sentimiento artístico con la visión maravillosa de una ciudad que simbolice el término de un ciclo y el renacer de otro, id á Florencia.

Florencia se abre sobre dos perspectivas en el tiempo: el morir del medioevo — fecundo en sombras gigantescas y trágicas — y el despertar de ese momento histórico admirable, que se llamó Renacimiento.

Junto al legado que recogió del siglo XIII en todas las manifestaciones y actividades del espíritu, alterna aquél — cuya alma libre de los caducos lazos que la sujetaban á los tiempos que fueron — se siente animar por un soplo inmenso de vida.

Junto á las sombras del Dante, Giotto y Cimabue — que vinculan sus existencias al pasado — surgen los de Ghiberti, Brunelleschi y los Medici.

Y por fin, junto á la torre siniestra del Bargello — cuyas campanas, cuando rompían con brusca sonoridad el recogimiento de la Villa — anunciaban á sus habitantes que la cabeza de un enemigo de Florencia rodaba por tierra — está el convento de San Marcos, donde Beato Angélico pintó la Crucifixión del Señor!

## II

En esta vía estrecha, una torre almenada á estilo gtiello, corona un edificio. De su muro parte un arbotante que lo une á la Iglesia de «Or San Michele» por medio de una escalera interior. Es la «casa dell'Arte della lana».

Acaso su existencia remonte á aquellos tiempos en que — después de la batalla de Campaldino — el pueblo enriquecido se dividió en doce Artes, confiriendo á cada Prior de los Mayores el Gobierno ó la «Signoría».

En la sala principal, se ven aún los frescos del Giotto, y entre ellos el retrato que pintó del Dante.

En el autor de la Comedia Divina se transparenta el hombre del siglo XIII.

La tristeza se estereotipa en su rostro, y esa tristeza no es más que el reflejo del ansia de aquella edad cuyo ritmo estaba deprimido por terrores religiosos.

La contemplación de esa pintura simple, rica de color, que reproduce el natural ingenuamente, sin interpretarlo, obsede el pensamiento y le transporta á aquel tiempo remoto.

Y al ganar nuevamente la calle, sórdida y oscura, hacinada de construcciones macizas que han resistido la garra formidable del

Tiempo, se dijera que sombras taciturnas — Guido Cavalcanti, Brunetto Latini, Rarinata degli Uberti — se deslizan por entre el laberinto de casas, evocando los versos del poeta!

### III

Este otro es el Palacio Riccardi. Su fachada no tiene el inconfundible sello gótico, ni la vía en que se alza es oscura y estrecha.

Michelozzo Michelozzi lo construyó para los Medici. Todo él, habla del Renacimiento.

Los órdenes clásicos — que durmieron olvidados por largos siglos — despiertan en él, realizando su belleza al combinarse con la arcada romana.

Las puertas de líneas puras, la cornisa harmoniosa y simple, los muros de piedra — bronceados por la pátina del tiempo — le prestan una augusta majestad.

Por el amplio « Cortile » circula libremente el aire y la luz. Sobre el pórtico — junto á los medallones de Donatello — lucen las armas de esa estirpe que por tres generaciones sintetizó la historia de Florencia.

Franqueando la escalera, se penetra en la capilla donde Benozzo Gozzoli pintó sus frescos,

En un cortejo de Reyes Magos, aparece el retrato del viejo Cosme con sus hijos y el emperador Juan Paleólogo. Algo de extraño, de refinado y de pagano, anima á esa pintura, é involuntariamente se piensa en la Florencia medioeval, tan distante, y al mismo tiempo tan cercana de la Florencia del Renacimiento!

DANIEL CASTELLANOS.

Julio 1909.

## De "La aldea soñada"

Y hoy he dicho mis íntimas tristezas  
 A las tinieblas de la noche aldeana,  
 Como una confesión, bajo la dulce  
 Piedad de las estrellas; en mi alma  
 Vi penetrar el gozo de la vida  
 Hecho perfume, música y plegaria!  
 He sentido temblar todas las cosas  
 Ante lo acerbo de mi pena; blancas,

En su divina desnudez triunfante,  
Dieron mejor las rosas su fragancia,  
¡Y fué el aroma de la huerta al cielo,  
Como un incienso, demandando gracia!  
He visto la bondad de lo pequeño,  
La humildosa bondad, como callada  
Fuente en perpetuo renacer, y he visto  
Que las cosas más fútiles un alma  
Repartida en sus átomos esconden,  
Dulce, tranquila, luminosa y plácida!  
¡La bondad de la aldea! La indulgente  
Bendición de la luna, y esa extraña  
Caridad panteista que estremece  
Todas las cosas como cosas santas!  
¡Oh pacíficas noches de la Aldea  
Que me habláis de consuelo y de esperanza  
Con el aroma de la flor ó acaso  
Con el beso beatífico del aura;  
Noches evocadoras que pusisteis  
Vuestro divino azur y vuestra plata  
Lunar, sobre mi vida con serena  
Suavidad de caricia enferma y larga!  
Yo os bendigo en la luz de las estrellas,  
Y en la sombra glacial de las montañas,  
Y en la medrosa oscuridad del valle,  
Porque al bajar vosotros, en mi alma  
Vi penetrar el gozo de la vida  
Hecho perfume, música y plegaria!

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

---

## El Cristo de los Andes

---

Ascendiendo en la mula, siempre porfiada en su heroica terquedad de vencer al picacho, hemos llegado á la cumbre del Ande gigantesco. Tres mil ochocientos metros separan á esa parte de la montaña de la superficie del mar. Nada hay comparable á la grandiosidad del espectáculo: macizos que se recuestan los unos sobre los otros, elevando

sus picos desafiantes como si quisieran enclavarse en las entrañas del cielo para arrancar sus misterios; abismos enloquecedores que hablan en el lenguaje impetuoso de un vértigo sin fin; el torrente con su canto que resuena en el valle como violenta rebeldía de fragua; nubes plumizas, envolviendo á la tierra con su grisáceo sudario de melancólicos tules...

Llegamos á la cumbre. La caravana enmudecida se detiene. Ni el cierzo helado, ni el aire enrarecido, ni la visión fascinadora del abismo que se abre á nuestras plantas, logra impedirnos que nos detengamos en el sitio aquel. Estamos en presencia de un monumento: el famoso Cristo de los Andes. Allí está, en el límite de la Argentina y Chile, bien en lo alto de la escarpada cumbre, batido con furia por la racha bravía, la cruz en la diestra, tranquilo el rostro con la placidez de un alma buena, y la mirada envuelta en un ensueño de misericordia y de amor, clavada á lo lejos, perdida en el infinito...

No tiene una actitud de desafío y sin embargo, parece que ese bronce lo dominara todo.

Esa cabeza erguida; esa boca cuyas comisura se juntan en un pliegue de dulzura; esos ojos profundos como el mar; ese brazo que levanta en lo alto la enseña de la redención de un mundo; esa mano con el índice clavado en el firmamento, parecen expresar al viajero, que por encima del hondo precipicio, más fuerte que el torrente mujidor, dominando á los porfidios de la cresta enhiesta se levanta el símbolo de una idea que hizo crujir á la conciencia humana en sus cimientos, al hablarle con la desconocida voz de la caridad, del amor, de la esperanza...

Está bien el símbolo en esa línea divisoria. Su grandeza reclama la imponente magestad de aquel ambiente. Su mudez habla con más elocuencia que el eco de resonante oratoria.

En su presencia, todas las almas se ven sacudidas por honda vibración: ateo ó deista, sectario ó liberal, el espíritu siente surgir la imagen evocadora de Cristo: Dios ó filósofo ó mártir, pero Mártir-Filósofo-Dios, cuya enseñanza, como armonía de un nuevo credo, ha proclamado el dogma bendito de la humana redención.

WASHINGTON BELTRAN.

## Un ala de Cupido

### Balada en prosa

En el bosque donde me refugiara, también habíase guarecido la soledad. La ruta se hacía fantástica poblada por las sombras escuálidas y movedizas que sobre ella proyectaban los árboles que interponíanse á la luz indolente de la luna. De cuando en cuando el viento formaba farándolas de hojas que concluían por dispersarse, como fatigadas, por todos los ámbitos.

Olvidárame decir que el Otoño había comenzado á contar sus lánguidas leyendas que con voz carrasqueña repetían las hojas caídas.

Yo marchaba silencioso, sin rumbo, solo con mi dolor y mi quimera. El dolor se había encariñado conmigo. Y ¿sabeis como absorbe la voz del dolor? ¿como hace inconciente al ser elegido para las cosas que lo rodean? Pues bien, yo iba ageno al bosque umbrío, los árboles apenas me servían para darme vagamente la noción de la ruta. La ruta tenía un empalme y yo había llegado á él.

Una vaga parlería contaba cosas muy tristes. Me detuve. ¿Era acaso el comentario de algún nido? ¿talvez una elegía del viento arrancada al cordaje de las matas del otero? No, era un cuento de otoño contado por las hojas que hacían remolienda en la encrucijada.

Entre el enjambre rastrero se movía un algo blanco, algo que era acosado por las hojas, algo que pugnaba por salir del encierro que ellas le formaban, algo que al rayo interminente de la luna divisábase albo sobre el contraste oscuro de la senda y de las hojas. Era á veces un punto que á intervalos se agrandaba, según lo oprimieran ó lo desembarazaran sus mústias compañeras. Algo que logró distraer mi soliloquio y exaltar mi atención.

¿Que era aquello? ¿Un ave fatigada? ¿Una flor tardía que caída sobre el sendero marchaba hacia la nada con un séquito de hojas sin vida?

Me aproximé y como á un conjuro, el vórtice que las agitaba se hizo más intenso. El remolino giró con gran vehemencia, haciendo indefinidas las cosas arrastradas y luego de un instante, roto el encanto del equilibrio mantenido por las fuerzas encontradas, las cosas huyeron en desconcierto en todas direcciones.

Busqué en torno el albo objeto que me había atraído y luego de un momento lo divisé huyendo entre las malezas del matorral conti-

guo. Lo ví perderse, aparecer, volver á perderse y reaparecer ya marchando con premura, ya acortando el empuje de su andar irregular y accidentado.

Mi curiosidad se aguzaba. ¿Qué era aquello que me huía? Obsesionado corrí en pos de él y salvando matas y saltando acequias llegué á su proximidad. No podía alcanzarlo porque se había guarecido entre zarzas que hacían inexpunable su guarida. Sin embargo yo lo veía á pocos pasos pugnando por deshacirse de aquel espinal que lo destrozaba y aleteando como despavorid por mi acercamiento.

No me cabía duda ya, era una blanca paloma timorata al verse lejos de su palomar querido y á punto de ser presa por mis manos.

De pronto se libró de las zarzas y la ví desaparecer entre las escuetas raluras que dejaban aquestas entre sí.

Calculando que podía darle caza á su salida, en el otro extremo del matorral nutrido, corrí á alcanzarla. Cuando llegué, la ví que en absoluta libertad elevaba el vuelo. Como burlándose de mí, hizo un revoloteo por sobre mi cabeza y fué luego á caer á unos cuantos metros de distancia á orillas del camino, donde se detuvo como fagada.

Lo confieso, tuve miedo por un instante pues cuando pasó junto á mí parecióme que lanzaba un gemido casi humano.

Todo aquel cúmulo de macábricas y ocultas fantasías con que exaltaron mi imaginación las ingenuas criadas en mi infancia: transformaciones encantadas, extrañas metempsícosis y espíritus delicuentes revivieron por un segundo desfilando terroríficos velozmente por mi recuerdo.

El claror de la luna plena coló sus rayos con más intensidad por entre el ramaje escueto é iluminando el suelo, hizome ver que aquello no era un ave. Tenía ahora la forma de una redondez irregular.

¡Dios mío! ¿Que era entonces?

Esforzándome por salir de la inacción á que me llevara la sorpresa, decidí á acercarme nuevamente con sutil cautela.

No había duda, aquello se había propuesto burlarme. Apenas me moví echó á rodar velozmente sobre el pavimento, cual si fuera una bola, dando pequeños brincos al salvar las guijas dispersas al azar en el camino.

Acicateado, no ya por la curiosidad sino por el dardo del amor propio, casi indignado al verme juguete de aquella pequeñez desconocida, corrí tras de ella resuelto á alcanzarla á toda costa. Sin embargo aunque redoblados mis bríos en la carrera, siempre me aventajaba en gran distancia porque su propia liviandad le hacía fácil su premura.

El camino amplio, escoltado por la doble hilera de añozos eucaliptus cuya infinita perspectiva se perdía en la ilusa conjunción de las

paralelas que ellos le formaban, hacía fácil la marcha indefinida de aquel algo misterioso y fugitivo.

Bajo la natural presión de la fatiga, mis fuerzas decaían, el empuje de mi marcha estaba á punto de ceder, y ya veía que aquello que se



había apoderado de mi curiosidad para burlarse luego, desaparecía para siempre como una ilusión mentida, sin que yo pudiera satisfacer mi propósito de adueñarme de él. Pero cuando menos lo esperaba sesgó su dirección como para tomar el campo abierto que á aquella

altura avvicinaba al camino y fué entonces que redoblado mi empuje estuve sobre él en el preciso momento en que se le interponía un grueso tronco descascarado.

Irreflexivo, sin miedo, jadeante por la marcha y por el triunfo, me lancé sobre él asiéndole entre mis manos deseoso de asegurarme su aprehensión. Y ¡oh cruel ironía! ¡oh desengaño de mi fantasía! ¡oh exaltación inmensa de mi facultad creadora! Aquello que tanto me impresionara, aquello que tanto me había agitado, ¡no era más que un papel! Una débil hoja de papel destrozado y redondeado por el roce sufrido en la rotación continua que le comunicara el viento con su empuje vertiginoso.

¿Rei?... ¿Me indignè?... Nada de eso. Creí en el primer instante que, como el espíritu de una leyenda familiar, lo que yo persiguiera se había escurrido de entre mis dedos. La luz del prenilunio y el tacto me digeron que no era así. Desdoblé lentamente el papel, lo miré de un lado: era completamente blanco. Lo volví del otro y tenía débilmente trazados unos renglones. Cerca había uno de los faroles que de trecho en trecho alumbraban el camino, fué hacia él y á su luz, en aquéllos casi Inteligibles caracteres, puede leer lo siguiente:

Amado mío: Esta noche las flores de mi ventana se abrirán con singular hermosura y embalsamarán con su aroma más exquisita. Mis brazos también se abrirán para recibirte.

De tu escala de seda tiene nostalgia mi balaustrada como mis oídos de tus frases y mis labios de tus labios.

¿Vienes?... Si, porque te espera tu: Matilde.

¡Era un billete de amor! ¡Un ala de Cupido!

Las hojas seguían haciendo remoliendas en las encrucijadas. Mientras yo reflexionaba el viento me arrebató el papel y lo llevó de nuevo con ellas. Después huiría por los senderos. ¿Donde iría? Quien sabe! Talvez hacia la nada, talvez hacia su destino.

ILLA MORENO.

## En el mirar...

---

En el ejido del pueblo, al extremo de tortuosa calleja se alzaba una casona; pesada fábrica de lineamentos rectos y severos; del oscuro portal en el frontispicio, estampados en la piedra, borrosos blasones, veteados de agua de musgo, decían ser casa hidalga.

Era la última hora de la tarde, y aquella sombría armazón de granito, iba adquiriendo un aspecto de abatimiento y desconsuelo, á despecho de su adusta grandeza, frente á la verde campiña.

Tras los cristales de una de sus ventanas asomaba un semblante moreno, con unos ojos tan hermosos, tan húmidos, y que parecían tan cansados, que producían una honda pena.

Su tranquila actitud, era la de quien deja vagar la fantasía. Un codo apoyado en la rodilla, la mano amarillenta, con un levisimo tinte rosado, sostenía el pálido semblante, y aquellos ojos grandes, muy abiertos, muy negros...

Quizá muy lejos del hogar de los suyos, -- un extranjero pasó, gustando lo amargo y dulce de un libre vagar, -- y á su paso, -- vió los ojos del pálido semblante de la ventana (acaso última descendencia de una activa raza) y en el fondo de su alma se alzaron voces nunca oídas.

Con la blanda mirada decían de la vida torpe y absurda, -- el amor que se paga, los besos vendidos, en tanto languidecen y penan aquellos ojos grandes, tan humildes, tan negros...

Un tono de mansedumbre hacía reproches, sentíanse quejas de una larga espera, y los ojos muy abiertos miraban á sus ojos con mirada mansa y cansada.

Y aquel largo mirar mudo, se le antojaba una absurda corriente de ternura sin cauce, -- escondida fuente de abruptos peñascales, que mana y mana sin formar su lecho, y en triste soledad, se hace tedioso su eterno murmurar.

¿Porqué, señor... se preguntaba con todas las fuerzas de su alma, -- si son así hermosos, y dicen tanta mansedumbre, penan!

Y un deseo de animarles, hacerles perder su actitud cansada, darles vida, era presa de todos sus sentidos, y le obsesionaba; en su amor infinito, no eran solo los ojos del pálido semblante, -- esos precisos, -- no, eran todos los ojos que se cruzan con nuestras miradas, los que así hablaban dentro de su alma.

En el alfeizar de la ventana, más y más se acentuaba la inmovilidad silenciosa, y el sol desde el ocaso, enviaba sus últimos resplan

dores que encendían con amortiguados tonos, el alto ventanal, nimbándola de un tinte de mística pureza.

Unas campanas de limpia voz sonora en ese momento tañían en una iglesia cercana.

Entraba la noche. De los portales vecinos salía la suave emanación de los aromas floridos.

El viajero siguió andando, y al dar vuelta á la esquina, volvióse y miró. -- el mismo semblante pálido, los mismos ojos cansados, grandes, muy abiertos, muy negros...

DARDO ESTRADA.

---

## Voz íntima

---

(Para ARTE).

De aquellas infinitas nostalgias de la vida  
De aquellas pesadumbres de un antiguo dolor  
Llegan á mi memoria silenciosos y tristes  
Los tristes pensamientos de un juvenil amor.

Y me hallan con sombría pesadez de misterio  
Me nombran cosas ídas que nunca volverán  
Y de mis ojos turbios se desprenden rocios  
Que al mar de mis quimeras á sepultarse van.

Lejos, muy lejos idos, fantásticas visiones  
Basta ya de celajes, me abrumba palidez  
Cayeron sobre mi alma cansancios infinitos  
Y que descanse es hora, y por siempre esta vez.

Lejos con los cantares de cítaras alegres  
De su cadencia el ritmo no ha de embriagarme ya  
Mis ojos friamente al reflejar la imager  
En todo lo que hay vida sin vida pasará.

Lejos sutil paisaje que recuerdos evocas  
Ei amiga neurastenia me separa de tí,  
Tu me animas, yo lucho, y si quieres que venza  
Porque no me devuelves la fuerza que perdí --

Entonces retoñaron las delicadas flores,  
De la sombra que enferma descorrería el tul,  
Se fundieron las nieves, se alejara el hastío  
Y vería los campos y vería lo azul.

Con sed de amor intenso, volvieran mis amares  
Los que pierden sus vidas, los que muriendo van;  
¡ Aquellos que gozaron de sueños infinitos  
Al infinito sueño por siempre volverán!

ENRIQUE LEONCIO NEBEL.

Mayo 5.

---

## Visión fantástica

---

( Para ARTE ).

Esa noche, por primera vez en mi vida, me levanté de la mesa dando trespiés.

Mi triunfo había sido enorme, y en medio de mi alegría había apurado, contra mi costumbre, las copas rebosantes de espumosos vinos que mis amigos, casi tan alegres como yo, me ofrecieron.

Me despedí de ellos hasta el siguiente día y salí solo con intenciones de dirigirme á mi casa para descansar.

Era muy tarde, y las calles estaban solas. La cabeza me pesaba, un zumbido ensordecedor vagaba en mis oídos. A mi alrededor todo daba vueltas y las lamparillas que alumbraban la ciudad, se me presentaban circuidas por una aureola luminosa, que parecía una niebla de luz.

Entonces tuve una visión: en lugar de llegar á mi morada, llegué á un puente desconocido del que partía un camino ancho tirado á cordel, que conducía á la portada de una casa enormemente grande y magestuosamente bella. Me acerqué con cautela é inspeccioné su fachada; era un alcázar, con todos sus parapetos y sus murallas.

Una gran puerta de hierro se abrió ante mí produciendo un chirrido satánico. Yo sentí una fuerza irresistible que me empujaba hacia ella, obligándome á entrar. Luego de hacerlo, la puerta se cerró como impulsada por una fuerza misteriosa.

Un hombre revestido por una túnica color púrpura se presentó á mis espantados ojos, y como si me conociera me enseñó el camino

obligándome á avanzar. Pasé siempre escoltado por el personaje misterioso, un puente bajo del cual ví la corriente de un río desconocido, de aguas azules y espumosas. Entramos á una galería rodeada de estatuas y un ruido de misterio se dejó oír. Avancé más, y mi asombro llegó á su grado máximo cuando llegué á comprenderlo todo.

Aquello tenía mucho de encanto; era un palacio sagrado y en su interior todos los dioses, olvidando sus rencores y rivalidades se entregaban á la expansión y á los placeres.

Me encontré en una inmensa sala circuida de columnas y de estatuas con sus molduras y sus relieves abarcando todos los estilos antiguos de la arquitectura.

Había molduras que representaban las tres Gorgonas, otras el rapto de Briseida y la desesperación de Aquiles y otras, á la esfinge de Tebas y ante ella, Edipo resolviendo sus problemas. Gran número de téas alumbraban aquel vasto antro, y allá en el fondo, sobre un trono de marfil se destacaba Júpiter, en la mano izquierda sosteniendo un cetro y lanzando el rayo con la diestra.

Después en fantástica confusión, aparecían otros seres mitológicos.

Aquel recinto no se sabía de un modo categórico si era encanto, magia ó realidad, tenía todo el esplendor de una sala en que sus visitantes se entregan á los placeres de amor, y tenía toda la magestad de una basílica.

La estatua de Minerva, la diosa del saber, se destacaba régia, derrochando sus contornos que la mano y habilidad del escultor supieron dar formas magestuosas, todo el oro y el marfil imaginables. Sus ojos de piedras preciosas despedían rayos de luz.

Aquello era una especie de Partenon.

Diana aparecía con su cierva, armada del arco, transformando á Acteon que tuvo la osadía de mirarla en el baño. Cupido con su carcaj y sus flechas y Venus radiante de hermosura en su carro simbólico arrastrado por palomas.

Y en mi visión seguían las apariciones; Themis, la justicia, con su espada y su balanza, Ceres, con la corona de espigas y Momo con sus chistes y su burla, mostrando la mueca de su máscara.

De pronto, un esplendor ilumina todos los rostros; las bocas enmudecen, los cuchicheos se acaban y en medio de un ruido siniestro aparece la Aurora, la precursora del astro, muellemente rechinada en su carro tirado por caballos blancos, y tras la Aurora aparece Apolo, el hermoso Apolo con su cabellera flotante, guiando el carro del Sol.

—¿Porqué tan tarde nos brindais la luz?— le pregunta la ninfa Dafne, siempre insensible á sus ruegos y pretenciones amorosas.— Porque las musas se detuvieron en el Pindo,— contestó Apolo, preparándose para dirigir el coro de éstas que iban llegando misteriosamente.

Un frío glacial se impregnó en la atmósfera, y dejando un reguero de espuma pasó Neptuno en su carroza de concha, guiando sus caballos marinos; con su tridente enarbolado yendo á tomar asiento en el fondo plúmbeo del antro, donde la magestad de las estatuas imponía el silencio de las tumbas y el rugido de los vientos de Eolo, retumbaba en el fondo obscuro de las bóvedas.

En esto, el silencio se selló en las bocas, una música pletórica de armonía arrojó sus notas en el ambiente iluminando con raro fulgor, ja mirada de los dioses. Las piedras de Golconda que adornaban las colgaduras, temblaron, y al chocar despidieron un sonido aflautado, misterioso, fantástico. Era que Orfeo empuñando la lira entonaba sus cantos.

Cuando el cantor enmudeció, un murmullo de aprobación partió de todas las bocas, y siguiéronse sucediendo las carcajadas mezcladas con los cantos y la música.

Reinaba la mayor alegría y había cambios recíprocos de cortesés galanteos; se bebía el sibaritismo en las ánforas rebosantes del placer.

Las luces se fueron extinguiendo paulatinamente.

Un aire vago, con la frescura de una tarde autumnal, haciendo temblar las cabelleras blondas, se difundió sigilosamente...

El silencio se hacía general... callaron las liras y se apagaron las téas... Apolo había desaparecido con el carro del Sol, precedido por la Aurora.

De las alturas deslizóse sin ruído, cautelosamente, un anciano vestido con una túnica. Al llegar á la mansión semi-obscura de los dioses, donde todavía no era extinguido por completo el eco de los cantos y la música; recogió sus alas, y cuando el silencio absoluto recobró su poderío, tiró un girón de sombra que apagó los últimos reflejos.

Las estatuas se perdieron á lo largo de las bóvedas, y los ojos de los dioses parpadearon bajo el ala acariciadora del sueño.

FERNANDO SILVA VALDÉS.

---

## “Entre Nous”

---



El 21 de Julio tuvo lugar en la simpática Sociedad «Entre Nous», la elección de comisión directiva que ejecutará sus funciones durante el período 1909-1910.

Varias eran las listas que circulaban entre las asociadas con más ó menos probabilidades de éxito.

A las tres de la tarde del día señalado para la elección, se instaló en el salón de fiestas de ese distinguido centro, la comisión receptora de votos, formada por las señoritas Carolina García Acevedo, Laura Castells Carafí, Justa Wilson y Maruja Blanco Acevedo, quienes tuvieron que suspender sus funciones siendo las ocho y media de la noche, sin haber terminado su cometido, dándose cita para el siguiente día á las nueve de la mañana.

A la hora indicada se constituyó de nuevo la comisión receptora y terminado el escrutinio, resultó triunfante la siguiente lista:

**PRESIDENTE:**

Elvira Iglesias Castellanos.

**VICEPRESIDENTE :**

Ema Elena Joanicó.

**BIBLIOTECARIAS:**

Georgina Berro Olascoaga.

Carolina Morales.

**TESORERA:**

María Gomensoro.

**VOCALES :**

Laura Castells Carafi,

Blanca Saavedra,

Juanita Ramírez.

Manuelita Suárez.

**SECRETARIA :**

Marieta Herrera Lerena.

**PROSECRETARIA :**

Tulia Victorica.



Felicitemos sinceramente á la comisión directiva por el triunfo obtenido y hacemos votos para que la Sociedad «Entre Nous» siga siempre por el camino de la prosperidad que la comisión que cesa abrió después de un año de continuas luchas, y para el mejor éxito corone todas sus obras.

Los retratos con que engalanamos estas líneas, nos han sido cedidos galantemente por una distinguida socia aficionada á la fotografía.



## Don Quijote

Á Julio Herrera y Reissig.

De seco rostro, de mirar ceñudo,  
 Altiva frente y continente fiero;  
 Ejemplo del andante caballero  
 Blandió la adarga y embrazó el escudo.

Aunque el destino fué con él sañudo  
 Nunca flaqueó su corazón entero,  
 Fué su divisa: *perecer primero,*  
*Que someterse al despotismo rudo.*

Sin sombra de ambición, siempre impulsado  
 Por el ideal que acarició su mente  
 De paladín de la justicia humana;

Sólo á la muerte doblegó la frente,  
 Pero antes de morir, desventurado,  
 Comprendió su locura soberana!

Julio 23 de 1909.

GIL BLAS.

## El hijo del caudillo

¿Y mi padre?—preguntó Ricardo, como asaltado por repentina curiosidad—¿de qué se ocupaba? ¿qué profesión tenía?

La madre, un tanto sorprendida por esta interrogación, dudó un momento y luego contestó:

—Tu padre, hijo mío, era un hombre muy bueno y muy trabajador. Durante muchos años estuvo al frente de una estancia, que había heredado de sus mayores. Y á fuerza de labor y de dedicación logró adquirir una fortuna bastante considerable. Estos mismos campos en que hoy vivimos, los compró en los últimos años de su vida. Por otra parte, te he hablado muchas veces de sus méritos y de sus virtudes, para que tu lo imitaras.

—Te hacía esa pregunta, dijo Ricardo, porque un día que fuimos á la ciudad, ¿te acuerdas? el verano pasado, un señor, ya anciano, que estaba de visita en aquella casa grande, de uno de nuestros parientes me preguntó si yo iba á ser militar como mi padre.

— ¡ Militar! — exclamó la madre, como si este nombre le produjese un gran terror, y añadió en seguida con una naturalidad forzada — te habrá confundido.

Pero el señor anciano tenía razón, el amor maternal impedía que el secreto de aquella vida fuera revelado.

Miguel Olazabal, el padre de Ricardo, había muerto como un valiente al frente de sus soldados en lo más recio del combate. Sus amigos, sus compañeros de armas, lo recogieron del campo de la acción, ya exánime, con la sangre aún caliente sobre sus insignias de jefe. En un intervalo de las hostilidades, en la noche misma del combate, los amigos leales, lo llevaron á la casa no lejana donde la esposa y el pequeño hijo lloraban la ausencia.

Cuentan que á la vista del cuadro terrible, sollozante y desesperada, había jurado apartar al hijo de igual suerte.

Y por eso lo había llevado á la estancia lejana, separada de las agitaciones del mundo, de los hombres, de las pasiones, junto á la tranquila naturaleza que invita á la paz, á la unión, al amor.

Á la sombra de las frondosas arboledas, que se reflejaban en el río sereno y transparente en aquella mansión de silencio y de olvido pensaba que se apagaría para siempre la llama que animara al caudillo rudo.

Y la madre, creía haber triunfado, creía haber extinguido por completo aquel fuego.

Pero un día, en el niño hasta entonces, se despertó el hombre. Corrieron rumores de guerra en la campaña.

Una tarde de otoño vieron los vecinos de la estancia de Olazabal, que un jinete de apostura marcial, fijos los ojos en el horizonte se alejaba por uno de los caminos — seguir en su rumbo — como impulsado por fuerza misteriosa.

Los rumores se confirmaron, las pasiones habían estallado nuevamente y la sangre volvía á regar los fértiles campos de la patria.

Después de una reñida batalla un soldado á gran galope llegaba á los campos de Olazabal, traía á la desventurada madre, el triste anuncio de la muerte de Ricardo — que había caído como un valiente — al lado de los más bravos.

Aun, ahora pasados muchos años de los sucesos que narramos, cuentan los vecinos del paraje, que en las noches claras, en la casa solitaria y abandonada, se oyen gritos destemplados y que sobre el camino blanco al resplandor de la luna, se ven las sombras de dos jinetes armados en guerra el uno delante del otro.

## Luis Derville

---

... Y en la noche calma, misteriosa en su velo blanco de luz, así como al oído llegaban los acordes grandiosos de las olas que se hallaban en el mar cercano, — al alma llegaban los recuerdos, ora como sonidos suaves, ora como desgarradores lamentos. Era á esa melodía que acompañaban en sus acordes las olas... Y era como escenario la negrura de la noche adivinada tras el velo blanco de las miradas de luna...

Esos sonidos que vienen de muy lejos..., ese acompañamiento grandioso, esa escena feérica, hacían pesadas de tristeza las horas que se prolongaban...

Y en un éxtasis forzado, trataba yo de perforar con mi mirada esa investidura de belleza en que se envuelve el misterio para hacerse fascinador, irresistible.

Bourssae, mi fiel amigo, mi buen acompañante, ese ser que cuando yo sufro ha de gozar, que cuando río,... llora, ese ser en fin, cuyos sentimientos en un momento dado son el reverso de los míos, — vino á arrancarme de mi éxtasis para llevarme á ver girar sobre la rampla, al son de danzas sensuales, esa multitud cosmopolita que invade los balnearios franceses,

De pronto, de aquel aquelarre de luces, seres, colores y perfumes, — surgió una sonrisa que semejava una mueca y un saludo ceremonioso hasta la ridiculez. Un hombre que yo no conocía vino hacia mi tendiéndome la manos.

Alto, delgado, de cuerpo flexible, elegante casi, hacíale terrible un rostro de blancura marfilínea, con ojos negros cavernosos, nariz afilada desafiante, frente amplia coronada por cabellos sedosos y negros. Y contrastando con aquel cutis de lirio, las negras cejas fruncidas, las cavernas de los ojos más abajo, semejaban un ave de la noche.

Algo como un signo de maldición parecía haber convertido esa cara que debiera haber sido hermosa, en terriblemente fea. Algo como un pincel misterioso, haber cambiado los colores de la vida tan variados en tonos, en dos únicas tintas: blanco y negro.

Al ver la impresión dolorosa que tal saludo me producía, Bourssac sonrió forzosamente.

— No lo conoces?, me dijo.

— No... contestéle.

— Pero hombre, si es Derville, el buen amigo Luis Derville.

Mi asombro fué inmenso.

— No, no puede ser Derville ese personaje que parece hijo de los vicios y de la sombra. No. Y además, Derville está en América. Su padre lo ha llamado para asistir á sus segundas nupcias.

Y todo esto lo dije atropelladamente, asombrado, incrédulo de que tal aparición fuera aquel querido amigo.

El fantasmagórico personaje fruncióse en una mueca, y queriendo sonreír, estrechóme las manos. Me dijo:

— Convénzase amigo. Soy Derville su antiguo camarada. He vuelto de América.

Y después, con una carcajada estridente:

— Sí, he vuelto. Mi padre murió. ... Hasta pronto, tal vez.

Por primera vez, Bourssac y yo tuvimos una misma sensación: el espanto.

Y como movidos por un resorte, nos alejamos hasta sumirnos de nuevo en el misterio de la noche.

(Continuará).

RAFAEL QUARTINO HERRERA.

## Partindo...

(As praias de Montevideo)

(Para ARTE)

Praias onde meus sonhos a deixaram  
Co'as azas paudas de illusões doiradas!  
Praias em que meus olhos se banharam  
Dos olhos seus nas ondas d'esmeraldas!

Praias em que seus labios murmuraram  
Do amor nascente as preces encantadas!  
Praias onde trementes — se apertaram  
Na despedida — nossas mãos geladas!...

Eu vos direi — n'esta hora derradeira  
Como — sentindo á Magna verdadeira —  
Sobre o mar de pezares que me invade

Barca, singrando as aguas da Tristeza  
Minh'alma vae levada n'aspereza  
Do enregelado vento da Saudade!...

## De Antaño

---

— La señora está enferma, está en la cama, y la negrilla nos miraba de reojo.

— Eh! que quiere joven, dijo asomando la cabeza motosa una negra mayor, ochenta años pesan...

Y la negra bajó tristemente la cabeza.

El invierno ese enemigo implacable de la dulce vejez, hizo temblar con su frío el cuerpo endeble de la anciana «Noches pasadas cuando venía de casa de su hija».

Y la viejita tosió mucho, mucho esa noche, tuvo fiebre, deliró.

— Y continúa mal?

— No señor, sigue mejor, pero usted sabe...

En ese instante, por el patio de aspecto colonial con su parra tan llena de carácter, cruzó presurosa una joven, que al vernos intentó ocultarse discretamente tras una columna. Ya era tarde.

— Señorita...

— Me toman ustedes en una facha...

Nos disculpamos. El interés por la abuela llevaba hasta ese extremo nuestro atrevimiento.

— Abuelita está mal, respondió, á nuestras preguntas, muy mal, los médicos han dicho que su estado es peligroso...

— Pero es tan fuerte...

— Sí, pero los años... Anoche, antes de salir para casa me hizo buscar unos papeles para usted, *muy interesantes*, decía; pensaba hacérmelos pasar en limpio al regresar, pero como ya vino enferma de la calle...

— Sin embargo, si ustedes quieren puedo hacerlo cuando abuelita se mejore, tendré el mayor gusto.

Continuamos conversando sobre el estado de la anciana y después de agradecer á la simpática amiga su exquisita distinción nos despedimos pensando en disculparnos con nuestros lectores, que como nosotros desearán el pronto restablecimiento de *abuelita*.

---

## Orígenes

(De un libro próximo á aparecer)

(Para Gustavo Gallinal).

### I

El extraño viajero se detuvo...

Un perro de lanas le seguía fatigado.

El hombre contempló largo rato la inmensa pampa de nieve que se tendía ante él. El perro levantando su enorme cabeza lanuda, ladró á aquel día sin sol, con los tintes del crepúsculo y los tonos de la aurora.

Un pico que el viajero traía á las espaldas descolgó precipitadamente para hundirle en la nieve con recio empuje. Y cavó horas y horas sin mermar en su tarea. El pozo fué profundo; dentro de él desaparecieron el hombre y el perro. Al borde, una caja pequeña de caoba desaparecía lentamente cubriéndose de nieve. Sin duda le fué necesaria á su dueño; asomando la cabeza, estiró la mano, para tomarla entre sus crispados dedos y hundirse de nuevo en aquella tumba donde el frío de la nieve desaparece vencido por el frío de la muerte.

Un triste y prolongado aullido del perro se perdió en la llanura helada...

Luego el tronar de una avalancha que rodara por la falda de una montaña lejana, el bramido del oso, emperador de los polos y el graznar de los pingüinos que huían en bandadas...

... La negra abertura desapareció de la llanura blanca. La nieve extendió su lapida helada sobre aquella tumba...

### II

— El día que muera arrancarás mis ojos de las órbitas, y con ellos marcharas durante tres años hacia el Norte; quiero que estos ojos que encierran tanto fuego, tengan por tumba la nieve que encierra tanto frío...

El príncipe sonriendo contempló extaciado aquellos ojos extraños fascinadores, aquellos ojos hijos del imán, como los llamara el pueblo, aquellos ojos que según el vulgo, tenían la propiedad de dar la muerte, como el dardo envenenado...

Cierta bruja de la época, aseguró á la muchedumbre reunida en

plaza pública, que los ojos de la reina, eran ponsoñosos como la Hidra de Lerna. « Miles de hombres, han muerto, vociferaba la vieja, con el corazón quemado por sus miradas, muchos son enterrados en los pozos del castillo... »

¿Que fué de Imhar que allegándose un día hasta ella en busca de favores no ha vuelto á salir de aquel castillo maldito? ¿Y Herbario y Oscar? ¿Sabeis vosotros?»

Ah! poco importaba fuera la acusación maquinaciones de la vieja. El pueblo creyó necesario dar crédito á sus palabras, y mil puños se irguieron iracundos, gritos amenazadores, blasfemias, el pueblo rugió venganza, y el pueblo en maza, fuerte y enfurecido tiene tanto de feroz é insensato como de poderoso. Acostumbrado á obedecer sumiso, cuando ordena es déspota y brutal. La misma noche, un consejo delegado por el vulgo, decretó la muerte de aquellos ojos creadores de fantásticas leyendas. ... Y la bárbara sentencia fué cumplida.

Al brillar la aurora del siguiente día, el príncipe, acompañado del perro, su fiel amigo, se alejaba de su reino, llevando la caja de caoba, joyel de aquellos ojos creadores de fantásticas leyendas, y cumplidos los tres años de marcha hacia el Norte, se hundía en la tumba de nieve, junto á los ojos, hijos del imán, y creadores de fantásticas leyendas...

A los sabios exploradores que se cuenta esta historia, sonrían incrédulos, y afanosos continúan buscando la ubicación y el origen del misterioso polo magnético.

DANIEL HERRERA Y THODE

## Notas de la Dirección

Periódicos recibidos:

*Bohemia*, como siempre interesante. No queremos extendernos en ponderaciones, por que ¡vamos! están mal los elogios entre hermanos...

*La Semana*—Con buenas humoradas y, aunque pocas, selectas coolaboraciones literarias. Deseámosle á la simpática revista largos años de vida.

*France - Uruguay*—Trae en sus páginas una hermosa alegoría patriótica, buenas coolaboraciones etc.

*El Fogón*—La revista criolla, que bajo la dirección de Aratta ha sabido revestirse de interés general.

*Centro Artístico*—Presenta un tercer número que es una verdadera promesa. Nuestro saludo y felicitaciones.

*Gráfico Mundial*—Es costumbre en él, presentarse siempre como el número que recibimos, interesante en grado sumo



S. — Péguese un tiro si está cansado de la vida. ¿Qué empeño tiene Vd. en que vayamos á la cárcel?

*Pedro P.* — Se publicará.

*J. N.* — ¿Me pide un consejo? Lo daré. No escriba versos á su novia. El talento hoy nada vale. Aún está usted á tiempo, rompa la pluma, dedíquese afanosamente al trabajo, vista bien, concurra á fiestas con asiduidad, llámese *intimo* de algún cronista social, rífase á carcajadas de los poetas, busque oro, oro, ese oro que es dueño y señor de todas las cosas. Entonces verá usted mi amigo cuanto más benéfico resulta el título burgues de acaudalado que el renombre de inspirado poeta. Hemos llegado ya, á la época fatal, donde la felicidad, la fama, los aplausos, la admiración se compra vilmente.

Hoy el oro es el único mérito que puede enaltecer á una persona, y es su carencia el defecto más repudiado en el pobre...

*J. S.* — Llora usted demasiado, y en la vida es necesario ser un perpétuo Guillplain, con el gesto de la risa en el rostro y en el alma.

*Jorge B.* — Ha de ser muy llano su corazón, si el artículo es tan profundo como el. Usted debe tener versos y cuentos bonitos ¿Porqué no envía uno? Somos enemigos de los erotismos.

*E. C.* — Si teme usted nuestros palos

No envíe versos tan malos.

*L. J.* — Discúlpenos. Sus versos son tan pésimos, que no han tenido la bondad de no llegar á nuestras manos,

*Elena S.* — ¿Esas cartas son íntimas ó publicables? Esperamos nos conteste.

*Merlusa* — ¿Se ha contagiado usted de Anatole France? Porque si el le llamó *interesante* á nuestro pobre Museo, no es usted menos ironista al llamarle publicable á su artículo...

*Plebeyo*. — 1.ª estrofa — ¿Donde ha aprendido usted á combinar versos de ocho, cuatro y once sílabas en una sextina?

3.ª estrofa -- (Va copiada fielmente):

« ¡Estabas como nunca: encantadora!  
 Las ondas de tu bella cabellera  
 Besando tus mejillas resbalaban,  
 Tus ojos melancólicos miraban...  
 En éxtasis perenne de poesía! » (Sobra una sílaba)  
 « Tras tus ojos y versos descubría  
 Yo, un templo de ilusión, (¡Qué calamidad!)  
 Do oficiaba tu alma al dios Cupido  
 En un salmo sublime de pasión » (No lo entiendo).

En la 4.ª, 5.ª, 6.ª, 7.ª, 8.ª, 9.ª y 10. y 11 no hay por donde tomarlas.  
 ¿Dónde ha coleccionado usted tanto disparate? Creo que no tendrá pretensiones de que se lo publiquemos. Es muy largo, muy mal hecho, y muy aburrido.

ALBERTO STEELL.

**PINCELES** ❧ **CEPILLOS** ❧ **PLUMEROS**

**GRANDES SURTIDOS**

SE FABRICAN CEPILLOS PARA TODA CLASE DE MÁQUINAS  
 É INDUSTRIAS

**B. A. Larghero é hijos** ❧ 25 de Mayo, 484 - Montevideo

= **“LACTARIS”** =

**DA LECHE Á LAS MADRES QUE CRIAN**

❧ ❧ **VENTA en las FARMACIAS** ❧ ❧  
**á cincuenta centésimos el tarro.**



# PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

---

## EN LA CAPITAL

Por un mes . . . . .	\$ 0.20
Por un trimestre. . . . .	» 0.60
Por un año . . . . .	» 2.40
Número suelto . . . . .	» 0.10

## EN CAMPAÑA

Por un mes . . . . .	\$ 0.25
Por un trimestre. . . . .	» 0.75
Por un año. . . . .	» 3.00

---

Número atrasado. . . . .	\$ 0.20
--------------------------	---------

---

## A V I S O

---

Las colaboraciones deben enviarse á esta Redacción bajo sobre. — No se devuelven los originales.

Por avisos, etc., dirigirse al Administrador, de 5 á 7 p. m.